

le suplicó de nuevo que partiese cuanto antes. Cortés contestó que partiría, si sus súbditos dejaban las armas; resolución que se inclinaba á tomar el general viendo lo escaso de víveres que se encontraba, pues apenas había los necesarios para que sus soldados mantuviesen la vida, y no para que adquiriesen las fuerzas suficientes para la pelea; mas al determinarse á salir de México, no pensaba abandonarla para siempre. Con aquella respuesta, un día en que se había empeñado un obstinado combate entre Mexicanos y Españoles, habló el rey á sus súbditos, y les dijo: que si peleaban por su libertad, libre era él, pues estaba en su mano salir de allí cuando quisiese, si porque aquellos extranjeros abandonasen la ciudad, que dispuestos estaban ellos á hacerlo; que así, pues, dejasen las armas; mas uno de los de la multitud levantó entónces la voz, y llamándole cobarde y afeminado, tendió su arco y le disparó una flecha (1), visto lo cual por el pueblo, comenzó á llover tal número de piedras y flechas sobre el infeliz monarca, que á pesar de estar cubierto este por dos rodela, recibió, segun aseguran los historiadores, una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo. Cortés tuvo entónces algunas conferencias con los nobles, conferencias que todos los historiadores callan, y concluidas tres máquinas de guerra que el general había mandado construir, salió el 29 de junio por la mañana por una de las calles principales, con casi todas sus tropas y su artillería; y llegado que hubo á uno de los puentes, mandó que se acercasen á las casas las máquinas, y que comenzaran á obrar; mas la multitud de piedras que de las azoteas arrojaron sobre ellas las despedazó pronto, y despues de haber combatido los Españoles hasta el medio día, sin haber podido pasar el puente, tuvieron que volverse turbados á su cuartel con un muerto y gran número de heridos: no obstante esto, el ánimo de Cortés no desmayaba; por el contrario, los reveses acrisolaban cada día mas su constancia. Orgullosos los Mexicanos con esta victoria, cobraron brio; quinientos nobles se refugiaron en el templo mayor que dominaba el cuartel de los Españoles, y desde allí los comenzaron á combatir, ayudados de las tropas que por todos lados rodeaban el palacio de Axayacatl. Viendo esto Cortés, y despues de haber mandado un capitán con cien soldados que fueron

(1) Acosta asegura que este fué Quauhtemotzin su sobrino, á quien despues eligieron rey: Clavijero no lo cree así, aunque no alega ninguna razon para ello.

rechazados, se determinó á asaltar el templo él mismo, á pesar de una herida que había recibido en la mano izquierda en los combates anteriores. Se dirigió á allá con parte de sus soldados, y despues de grandes dificultades logró llegar al átrio superior, en donde se trabó una reñida contienda en que los Mexicanos tuvieron una pérdida considerable de gente, y Cortés marchó á su cuartel victorioso tras haber pegado fuego á algunos de los santuarios del templo (1). Al día siguiente pensó Cortés retirarse por el camino de Iztapalapan; mas habiendo sido rechazado, difirió aquella retirada que le era preciso verificar ya á toda costa, para el 1.º de julio, en que despues de haber consultado á sus soldados sobre la hora en que convenia hacerla, se adhirió al parecer de uno llamado Botello, que entre ellos tenia fama de astrólogo, y en cuyas predicciones fiaba Cortés demasiado, el que fué de opinion que se retirasen por la noche, lo cual ocasionó quizá el mal éxito de la retirada. Ordenado ya todo se dirigieron por el camino de Tlacopan (Tacuba) (2): pasaron en buen orden el primer puente; mas vistos luego por los sacerdotes que velaban en el templo y que dieron el grito de alarma, fueron rodeados por todas partes por los Mexicanos que introduciendo el desórden, hicieron en ellos la mas espantosa carnicería que hasta allí se había visto: les cortaron los puentes, de suerte que los soldados de Cortés unos caian al agua y otros sucumbian á los golpes de los enemigos (3), quienes

(1) Comenzando por la que ahora llamamos calle de Tacuba, siguiendo el camino derecho hasta el pueblo de Popotla, cercano á la que entónces era la corte del señor de Tlacopan.

(2) No faltan historiadores que para hacer sin duda mas trágica la posicion de Cortés en este asalto, aseguran que se vió próximo á perder la vida entre las manos de dos soldados mexicanos, que habiendo logrado asirlo, se iban á arrojar con él para libertar á su patria de un tirano tan odioso; mas á quienes ántes arrojó Cortés con su extraordinaria fuerza. Como ni Cortés, ni Bernal Diaz, ni Gomara, hacen mención de esto, opina con Clavijero que esto no pasa de invencion de algunos historiadores amantes de novedades.

(3) Parece que lo mas probable es que murieron en esa noche 500 Españoles y 1.000 Tlaxcaltecas, y que perdió la mayor parte de los bagages, lo cual causó un hambre espantosa que despues padecieron en el camino. Esta noche fué tambien cuando Pedro de Alvarado viéndose por todas partes rodeado de enemigos y sin esperanza de salvarse, sino saltando un canal de una estension muy considerable que tenia delante, apoyó su ca dentro de él, y usando de una fuerza prodigiosa,

los persiguieron hasta cerca de Popotla, á donde llegaron los pocos que quedaron, casi sin vida, y en donde Cortés sentado en una piedra y debajo de un árbol, derramó lágrimas amargas por tantos valientes compañeros, como en esa noche perecieron. En extremo consternado Cortés con los sucesos de aquella noche, de eterna memoria para ellos, á la que despues llamaron *noche triste*, por la melancólica impresion que dejó en sus ánimos, trató de apresurar su marcha á Tlaxcala con los pocos soldados que le habían quedado, para reponerse de pérdida tan considerable. Siguió su camino por Tlacopan, Atzacotalco y Otomacpolco (1), y tomando luego el rumbo de Quauhtitlan y Citlaltepec, llegó á pocos días á la llanura de Tonampoco, en donde estaba situada la ciudad de *Otompan*, en que le esperaba con los brazos abiertos la victoria para hacerle cobrar ánimo y seguir adelante con su empresa.

En esta llanura descubrieron un ejército numerosísimo que se dirigia sobre ellos, el que si no era de Mexicanos, era de aliados suyos, y que, segun el mismo Cortés, en una de sus cartas, era de doscientos mil hombres. Al verlo la mezquina division de Cortés, hambrienta y sin fuerzas ya para combatir, juzgó que aquel era el último día de su vida; mas habiendo oido la voz del general, siempre arrojado, siempre resuelto, animándolos en una arenga breve, pero enérgica, recobró en parte su valor y entró al combate, como si en los días anteriores no hubiera padecido hambre, sed y cansancio. Naturalmente los enemigos habían comenzado á arrollar á los Españoles, quienes sin una sola chispa de esperanza de triunfo, sentian que sus fuerzas se postraban cada vez mas, infundiendo gran desconsuelo en el pecho del general, quien viendo que un acto de arrojo podía, ó acabar con ellos completamente, ó asegurarles la victoria, y recordando que aquellos pueblos huían despavoridos tan solo con perder al general y su estandarte, su ingenio presto en sugerirle medios pronto, le inspiró el de arrojarse él mismo en medio de los enemigos, dirigirse al general, derribarle y arrancarle el estandarte. Así lo hizo; y despues de haber encomendado á Alvarado, Sandoval, Olid y Avila, que le guardasen la espalda, se precipitó él en medio de los enemigos, acompañado de otros cuantos de sus soldados, des-

el terrible salto que ha dado su nombre á aquel lugar, y que hizo que sus compañeros en memoria de él lo llamasen en lo sucesivo, Pedro de Alvarado del Salto.

(1) Los Remedios.

truyendo cuanto á su paso encontraba hasta que dió con el general, á quien derribó de un lanzazo, despues de haber recibido una gravísima herida en la cabeza. Salamanca, uno de los soldados que lo acompañaron, veloz como el relámpago, echó pié á tierra, y arrancándole el penacho se lo presentó á Cortés, con lo que viendo las tropas Mexicanas muerto á su general y perdido su estandarte, echaron á huir, y los Españoles cantaron victoria, gracias al denuesto y arrojado de su impertérrito caudillo y de un simple soldado. Tal fué el éxito de la célebre batalla de Otompan, dada el 7 de julio, en la que perdió Cortés gran número de su gente, y de la que se puede decir que decidió de la conquista, porque menguando la excesiva confianza de los Mexicanos, aumentó el brio desmayado de sus enemigos: Cortés dió en ella la mayor prueba de su ánimo constante, de su ingenio fecundo, y de su valor indómito. En el campo del combate durmieron aquella noche, en la que Cortés mismo, á pesar de su herida, hizo la guardia para mayor seguridad.

Al día siguiente, 8 de julio, continuaron su marcha y llegaron á Tlaxcala, en donde acabó de sanar Cortés de la herida, que poco ántes lo había puesto en la puerta del sepulcro, y en donde se vió en peligro de ser abandonado por sus soldados, quienes teniendo presentes aun los funestos acaecimientos de la noche del 1.º de julio, trataban de persuadir al general que pasaran á Veracruz á aguardar socorro de España, ó de las islas. Cortés, con su elocuencia y persuacion, logró disuadirlos de su empeño. De Tlaxcala pasó á hacer la guerra á Tepeyacac, Quaquechollan, Itzocan, Talatzinco, Tecamachalco y Tochtepec; y domeñadas estas provincias, emprendió su marcha á Tezcoco acompañado de sus pocos soldados Españoles y de multitud de tropas de los aliados. (1) En este tiempo grandes ocurrencias había habido en México: Moctezuma había muerto y los Mexicanos habían elegido por su rey á Cuiclahuatzin su hermano: este había comenzado á fortificar la ciudad y á reparar lo destruido; había mandado un mensage á los

(1) Llegó Cortés á Tezcoco con cuarenta hombres de caballería, divididos en cuatro partes, y quinientos cincuenta de infantería española divididos en nueve compañías armadas de mosquetes, ballestas, de espadas y rodela y de picas: salió tambien con 150,000 aliados, segun Ojeda que los mandaba, entre los que se contaban las tropas de los Tlaxcaltecas, los Huicxotzincas, Choluleses y Tepeyaqueses.

Tlaxcaleses, invitándoles á que se aliaran con ellos contra los Españoles, á que aquellos republicanos contestaron con una negativa, y habia muerto á los cuatro meses de su reinado atacado de viruelas, enfermedad desconocida hasta allí en aquellas comarcas, é introducida en ella por un negro esclavo de Narvaez, y á su muerte, en fin, habia sido elegido rey su sobrino Quauhtemotzin, jóven de veinticinco años, poco avezado aun á las batallas; pero dotado en cambio de una energía y de un valor que asombraron á sus mismos enemigos.

Cuando Cortés salió de Tlaxcala para Tezcoco el 28 de diciembre de 1520, dispuso que se condujesen á esta ciudad las velas, jarcias, clavazon y otros materiales que habian quedado de los navios que habia destruido en Chalchihucucán, para que se comenzase la construcción de los bergantines con las maderas y resinas que ya se habian mandado sacar de los montes. Resuelto á emprender cuanto antes la conquista de México, objeto de todos sus afanes, entró en la corte del rey Acolhuacán, y habiendo notado algunas novedades en el pueblo, en la nobleza y aun en el rey mismo, que le indicaron que los ánimos estaban predisuestos en su contra, destronó al monarca reinante, y puso la corona al príncipe Ixtlixochitl, su adicto, á quien mandó traer de Tlaxcala, en donde le tenia detenido. Se dirigió luego sobre Iztapalapan, de donde volvió á Tezcoco, sin haber hecho cosa de importancia; se confederó con la ciudad de Otompan, y á pocos dias salió con gran pompa á recibir á los Tlaxcaleses que volvian con los restos de los navios destruidos que sirvieron para los trece bergantines que se construyeron despues. A principios de la primavera de 1521 salió de Tezcoco con veinticinco caballos, trescientos cuarenta infantes, seis cañones, treinta mil Tlaxcaltecas, gran parte de la nobleza, y se dirigió á Jalcotan, y de allí por Quahhtilan á Tlacopan, de donde despues de algunos dias volvió á Tezcoco; pues su objeto habia sido entablar desde allí negociaciones con los Mexicanos, ó si no lograba esto, imponerse de sus designios respecto de él. De aquí mandó á Sandoval contra Huaxtepec y Xacapichitla, y promovió nuevas negociaciones con los Mexicanos que le salieron infructuosas; y habiendo salido el 5 de abril con treinta caballos, trescientos infantes Españoles y veinte mil aliados, caminó por el Mediodía, sujetando todos los pueblos que encontraba al paso, hasta llegar á Quauhnuhuac, (1) cuya conquista

(1) Cuernavaca.

ta empezó; y habiéndola concluido y dirigiéndose por el Norte emprendió la de Xochimilco, ciudad situada en las orillas del lago de Chalco y la mayor del valle despues de México. De aquí pasó á Coyoacán, de donde prosiguiendo su rodeo por los lagos, fué á Tlacopan, luego á Tezcoco, y de vuelta por tercera vez á esta ciudad reprimió una conjuración en que algunos partidarios del gobierno de Cuba trataban de acabar nada ménos que con su vida y con la de sus principales capitanes. En fin, el 28 de abril se botaron al agua los bergantines; hizo Cortés revista de sus tropas, en la que vió con satisfaccion que contaba ochenta y seis caballos, mas de ochocientos soldados Españoles, tres cañones de hierro grandes, quince de cobre menores y multitud de balas y saetas, aumento que habia debido al socorro que últimamente habia llegado de España: les arengó enérgicamente á sus tropas y mandó excitar á todas las ciudades aliadas para que le mandasen las mas tropas que pudiesen, con lo que quedaron concluidos los preparativos del asedio de México.

El 20 de mayo hizo Cortés la distribución de sus tropas para proceder luego al asedio de México que debia asegurarles la conquista de estas tierras; dió á Pedro de Alvarado treinta caballos, ciento sesenta soldados Españoles, con tres capitanes, veinticinco mil Tlaxcaleses, dos cañones y veinticinco mil aliados; y le mandó que ocupase á Tlacopan á Gonzalo de Sandoval con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres soldados Españoles con dos capitanes, dos cañones y mas de treinta mil aliados, lo destinó para que se apoderase de Iztapalapan y acampase allí; y él mismo tomó el mando de los bergantines, en los que distribuyó el resto de sus tropas españolas. Concluida esta distribución, todos salieron de Tezcoco para dirigirse á sus respectivos puntos. Alvarado y Olid marcharon para Tlacopan, en cuya marcha ocurrió un incidente que motivó el suplicio de Xicotencatl el jóven, noble Tlaxcalteca, mandado ahorcar por orden de Cortés. Sandoval partió para Iztapalapan, y Cortés envió sus bergantines á auxiliarlo en la toma de esta ciudad, atacándola por la parte que estaba situada en el agua. Alvarado y Olid trataron luego de cortar el acueducto de Chapultepec, mas fueron rechazados hasta Tlacopan, donde partió Olid para Coyoacán el 30 de mayo, que segun Cortés fué el dia en que comenzó el asedio. Rindióse Iztapalapan por los esfuerzos de Cortés y Sandoval; mas ántes de que se rindiera del todo, aquel determinó dirigirse

con sus bergantines, la mitad de las tropas de Coyoacán y cincuenta infantes escogidos de Sandoval, sobre México. Así lo hizo en efecto, y habiendo hecho una salida, rechazó á los Mexicanos hasta dentro de la ciudad, se acercó á los arrabales y quemó algunos de ellos. En esto notó Alvarado que por la calzada del Norte entraban á los Mexicanos socorros: dió parte de esto á Cortés, quien mandó luego á Sandoval que se dirigiese con sus fuerzas á aquel punto, quedándoles de este modo interceptada á los Mexicanos toda comunicacion con la tierra firme.

Con quinientos Españoles y ochenta mil aliados y las fuerzas de Alvarado y Sandoval, hizo Cortés su primera entrada en México, de la que despues de haber hecho un grande estrago, se retiró por el camino de Iztapalapan, quemando las casas que á su lado se encontraban. El número de las tropas auxiliares ascendió entonces á 200.000 por la confederacion que cada dia hacian nuevos pueblos con los Españoles; y Cortés con todas estas fuerzas hizo tres dias despues su segunda entrada, en la que haciéndose dueño de las trincheras y de los fosos, llegó hasta la plaza mayor en que estaba edificado el templo, y de aquí volvió á retirarse con las tropas de Alvarado y Sandoval que le auxiliaron en aquella espedicion. Nuevas entradas hizo luego en la ciudad, y los combates se repetian diariamente, porque Cortés verificaba siempre su retirada, no queriendo ni dejar guarniciones en las trincheras de que se apoderaba, por no esponerlos á la saña de los Mexicanos, ni acampar dentro con todo su ejército, por no quedar espuesto á sus ataques nocturnos, y sobre todo porque así les entrarían socorros, cuya llegada impedia él tambien desde su campamento de Joloc. (1) Cada dia eran mayores las ventajas del ejército de Cortés sobre el de los Mexicanos: la mayor parte de las ciudades del lago que en sus continuas entradas en la capital, pudieran haberlo atacado por la retaguardia, ó por la vanguardia en sus retiradas y haberle causado grande estrago, mientras las tropas de la capital se lo causaban por el lado opuesto, vinieron á confederarse con él aumentando el número de los aliados y proporcionándole mas de dos mil barcas para que auxiliasen á los bergantines en sus operaciones. Con estas nuevas fuerzas hizo Cortés nuevas entradas en la capital, no consiguiendo en ellas si-

(1) Era una altura especie de fortificacion de que desde el principio del ataque de Iztapalapan se habia apoderado.

no únicamente el medio de comunicarse libremente con Alvarado que acampaba en Tlacopan. Este por su parte hizo una entrada en Tlaltelolco de donde fué rechazado con gran pérdida por las hazañas de un Tlaltelolqués que inflamaron el pecho de los soldados Mexicanos, haciéndoles desplegar un denuedo inaudito. Veinte dias se pasaron sin que los Españoles hicieran otra cosa que repetir entradas y salidas infructuosas en la capital, al cabo de los cuales, instado Cortés por sus soldados á dar un golpe decisivo, mandó á Sandoval y á Alvarado que hiciesen una retirada falsa de su campamento de Tlacopan, para que empeñados los Mexicanos en seguirlos, él pudiese entrar por otro lado con su ejército. Alvarado y Sandoval fingieron levantar su campo: Cortés, distribuidas todas sus fuerzas, emprendió su marcha, y los Mexicanos que muy bien comprendieron aquel ardid, abandonaron al principio las trincheras, para que los Españoles se apoderaran de ellas, y cargando luego sobre ellos, les hicieron tal estrago, que los obligaron á retirarse. En su retirada, el ejército Español dió con un foso que á la vista cegado, no lo estaba sino por débiles juncos que cubrian su superficie. Se precipitó en él, se hundió, y en aquel conflicto en que unos soldados se ahogaban, otros medio muertos salian de él á nado, y otros retrocedian espantados, entregándose en manos de los enemigos que los seguian, Cortés con voz robusta los animaba en vano; volvía á los Mexicanos, se introducía entre ellos, y con la fuerza de un Alcides los derribaba. En medio de esta confusion, un soldado Mexicano logró apoderarse del caudillo Español, á quien habrian podido haber dado ya muerte, mas de quien querian apoderarse vivo para sacrificarlo á sus Dioses; y en gran triunfo lo conducía ya para el templo, cuando Olea, intrépido soldado de Cortés, descargó sobre su brazo tal golpe, que separándose del cuerpo, dió tiempo al general para que desprendiéndose se salvara, impidiendo así que los Mexicanos obtuvieran una victoria completa: á salvar á Cortés de aquel peligro contribuyeron tambien eficazmente Ixtlixochitl príncipe de Tezcoco y Temacatzin, esforzado Tlaxcalteca. Los Españoles se retiraron confusos, con su general herido en una pierna, y los Mexicanos volvieron victoriosos y con grande ánimo para nuevos combates. (1)

(1) La pérdida que tuvo Cortés, segun Bernal Diaz del Castillo, en ese dia, fué de siete caballos, gran número de armas y barcos, un cañon, mas de mil aliados

Seguian los Españoles en su campamento reponiéndose de tan gran descalabro, y Cortés que siempre velaba sobre no permitir que los Mexicanos recibiesen socorro por ningun lado, mandó que los bergantines siguieran recorriendo los lagos, en los que tuvieron algunos encuentros con las *piraguas* de los Mexicanos que les ocasionaron á ambos, pérdidas considerables. Mandó tambien un mensaje al rey de México, proponiéndole la paz con la condicion de que reconociese por su señor al rey de España; mas Quauhtemotzin, despues de haber consultado á los sacerdotes, le contestó, que él y sus súbditos estaban resueltos á espirar antes que consentir en ser sus esclavos. En tan dura posicion mandó Cortés todavía á Tápia á que auxiliara la ciudad de Quauhnahuac amenazada por los Malinqueses, y á Sandoval al valle de Toloacan á que socorriera á los Otomites que habian mandado pedirle favor contra los Matlatzincueses, presto volvieron estos con nuevos aliados de aquellos mismos pueblos que habian salido á combatir; y habiendo llegado entónces tambien á Veracruz nuevos refuerzos de España, se vió Cortés, como dice Clavijero, con un ejército mayor que el que Jerjes envió contra Grecia. Entretanto, Chichimecall, diestro general Tlaxcalés, hizo una entrada en la ciudad con sus soldados Tlaxcaltecas, funesta para los Mexicanos, quienes en venganza atacaron de noche el campo de Alvarado: los Españoles y los aliados corrieron á las armas, duró el combate tres horas, al cabo de las cuales Cortés habia hecho ya una entrada en la ciudad, aprovechándose de aquella coyuntura. Viendo Ixtlixochitl, que los combates eran muchos y pocas las ventajas, aconsejó al caudillo Español que toda hostilidad se suspendiera desde entónces, hasta hacer rendir la ciudad por el hambre, para lo cual no habia mas que impedir del todo la entrada de víveres. Así se resolvió á hacerlo Cortés, agrado por tan prudente consejo; mas no pudiendo contentarse su ánimo inquieto y belicoso con la inaccion, á los pocos dias volvieron á romperse las hostilidades, no sin enviar antes á Quauhtemotzin nuevos mensajes, cuyo éxito fué tan malo como el de los anteriores.

Los Mexicanos, á pesar del hambre que los acosaba, estaban resueltos á morir antes que ceder; mas Cortés, viendo su obstinacion, y

y mas de sesenta Españoles, entre los que murieron en el combate, los ahogados y los prisioneros que fueron sacrificados. Los heridos fueron innumerables.

sin dejar de admirar su constancia, se determinó entrar á en la ciudad destruyendo todas las casas, para quitar á los enemigos el refugio de las azoteas, y despues de varias entradas de poca consecuencia, el 24 de julio hizo una, en que quedando en su poder tres partes de la ciudad, no le restaba ya mas que Tlaltelolco, donde se habian refugiado el rey y la nobleza, para llegar al término de su empresa. El 25 se hizo dueño de una calle principal en que habia un foso tan ancho, que el dia lo empleó en cegar para poder pasar, dando en tanto lugar á los Mexicanos para que construyesen nuevos puntos de defensa á falta de las azoteas. El 26 se tomaron todos estos nuevos puntos: Alvarado se adelantó hasta dos torres que habia cerca del palacio en que estaba el rey, donde se detuvo por los anchos fosos que allí habian, y de donde fué rechazado por el denuedo de los enemigos: Cortés por su parte, despues de haber allanado los pasos difíciles, salvó la trinchera y el foso que le impedian la entrada al mercado, se reunió con las tropas de Alvarado, y habiendo visto que solo una octava parte de Tenochtitlan le faltaba para hacerse dueño de ella, y movido por el estado miserable en que encontró á sus habitantes, mandó que cesasen las hostilidades é hizo nuevas proposiciones de paz, tan infructuosas como las anteriores. Al cabo de cuatro dias de entera quietud por ambas partes, reiteró Cortés sus proposiciones de paz, que volvieron á ser desechadas; y no pudiendo ya tolerar tanta repulsa, dió orden á Alvarado para que entrase á fuego y sangre por una calle, mientras él se dirigia por otra. Grande fué el destrozo que en los Mexicanos hicieron aquel dia (1): el pueblo, hambriento, espantado, y ya casi sin vida, vagaba por las calles implorando la misericordia de sus dioses; sus abullidos, que llenaban los aires, llegaron á los oidos de Cortés, quien conmovido por tanta desgracia, mandó que cesara la carnicería, y se dirigió á unos nobles que guardaban una trinchera, pidiéndoles que suplicasen á su rey tuviese una entrevista con él. Aquellos nobles, que deseaban ya la terminacion de tanta calamidad, se dirigieron al palacio de Quauhtemotzin con el mensaje de Cortés; mas el rey, despues de varias evasivas, vino en no conceder al general Español lo que pedia, por lo que Cortés irritado y enfadado ya, reunió todas sus tropas, y en poco tiempo se hizo dueño de las fortificaciones de ma-

(1) Clavijero asegura que entre muertos y prisioneros se contaron mas de doce mil.

cuantía que les habian quedado á los Mexicanos, mientras que Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Este fué el dia en que los Mexicanos tuvieron la pérdida mayor de gente desde la llegada de los Españoles, y en que las miserias del pueblo de la mayor ciudad de Anáhuac llegaron á su colmo (1).

En fin, el 13 de agosto de 1521, despues de haber distribuido en buen orden todas sus tropas y de haber mandado á Sandoval que con los bergantines guardase la salida de Tlaltelolco por el Norte, se dirigió Cortés á dar el último ataque al único punto que les quedaba á los Mexicanos. Antes de proceder á él, mandó nuevo mensaje á Quauhtemotzin con proposiciones de paz: „indújolo á esto, como dice Clavijero, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago, para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del pais, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los Españoles.” Infructuoso por última vez este mensaje, se procedió al asalto, y los soldados de Cortés y los aliados á pesar de la orden del general hicieron una carnicería tan espantosa, aun en los hombres, mugeres y niños que se les habian venido á rendir, que quedaron muertas quince mil personas (2). Muchos nobles y el rey con toda su familia y los reyes de Tlacoapan y Tezcoco, se escaparon en *piraguas* á pesar de la diligencia de Sandoval, quien tan luego como supo su huida, mandó en su alcance á Garcia Holguin en un ligero bergantin. Este los hizo prisioneros y los llevó á todos á presencia de Cortés.—Soy vuestro prisionero, dijo Quauhtemotzin á Cortés; y viéndole el puñal que traía en la cintura: quitadme la vida, continuó, con ese puñal, ya que no he podido perderla en defensa de mi reino.

—No temais, valiente Quauhtemotzin, le respondió Cortés, pues sois prisionero del mayor monarca de Europa, de cuya bondad, no solo debeis esperar que os vuelva la libertad, sino el trono de vuestros mayores que tan bien ha-

beis sabido defender. Mandad á vuestros súbditos que se rindan y que salgan de la ciudad sin armas y sin carga, y las hostilidades entre Españoles y Mexicanos cesan desde este momento.

Por espacio de tres dias con sus noches, las calles de Tenochtitlan se vieron llenas de hombres, mugeres y niños, que pálidos y casi moribundos, la abandonaban con el llanto en los ojos y el dolor en el corazon (1).

Así, á fuerza de constancia y valor, llegó Cortés á ver realizados sus ensueños: México quedó conquistada despues de un sitio de setenta y cinco dias, el 13 de agosto de 1521, el tercer año del segundo periodo del siglo mexicano, ciento noventa y seis años despues de su fundacion y á los dos años tres meses veintitres dias de haber arribado á estas tierras el conquistador.

Juzgar á un hombre segun el espíritu de la época en que se recuerdan sus hazañas, y querer que estas estén en todo conformes con aquel, es uno de los mayores errores que puede cometer el espíritu humano: las ideas, los usos y las costumbres son diversas de las que fueron norma de sus acciones, y lo que entónces era una virtud, es hoy quizá un vicio; y lo que una heroicidad, un hecho comun. ¡Tal es la inestabilidad de las opiniones de los hombres! Cuando tratamos de presentar, por ejemplo, un personaje de la edad media, debemos remontarnos á ella, revestirnos de sus hábitos é inculcarnos sus ideas para no ver en la accion bárbara hoy de dos caballeros que se desafiaban á muerte, sino una prescripcion del honor; y en ellos, por consiguiente, dos almas grandes que no hacian mas que acatar la ley de uno de sus idolos. No quiere decir esto que nos apasionemos de tal suerte, que ciegos, justifiquemos lo que en sí es digno de vituperio, pues que la única utilidad de la historia consiste en las lecciones que suministra á la posteridad; mas si que respecto de los personajes y de las cosas de lo pasado, no debemos ser tan ligeros que menoscabemos su gloria tan solo porque no obraron como deberian obrar hoy, ó porque no fueron como deseariamos hoy que fuesen. De esta ligereza, de esta falta de conocimiento de su siglo, se resienten quizá algunos juicios que se han emitido sobre Cortés, así como del defecto contrario, de una ciega pasion pecan otros.

Un célebre escritor francés ha dicho hoy, refiriéndose á lo literario, que hay tres clases de

(1) Cortés en una carta al Emperador dice, que la pérdida de los sitiados ascendió ese dia á mas de cuarenta mil personas entre muertos y heridos.

(2) Bernal Diaz.

(1) Bernal Diaz.

hombres de ingenio; unos que van con el espíritu de su época, otros con el que ha vivificado siglos anteriores al suyo; y otros, en fin, que por una especie de adivinación acompañan al que dominará los tiempos posteriores al en que viven, lo cual puede también decirse de los guerreros; y en este caso, en la primera clase citaría yo á Cortés que fué del siglo diez y seis y obró según su espíritu; y en la segunda, á Napoleón que fué del diez y nueve y obró según las ideas del diez y seis.

El derecho de conquista era en este siglo derecho reconocido por todos, que se tenía además como sagrado; y el que emprendía una conquista era tenido por héroe. Cortés emprendió la de México, y en su siglo fué considerado como héroe, ¿por qué, pues, nosotros que lo contemplamos en época tan remota, le hemos de negar este título, cuando no decimos á la generación que nos escucha, imítalo, sino únicamente admira lo que hizo en un siglo en que la fuerza era la ley suprema, así como le diríamos hoy, que admirara al que sin el aparato salvaje de las armas, y solo con la convicción del raciocinio dominase á los hombres? Cortés como conquistador de México, es grande, porque los hombres prueban su grandeza de alma, según lo mas ó ménos árduo de las empresas á que se arrojan; y si reflexionamos sobre varios de los pasajes que llevamos espuestos de su vida, veremos en cada uno de ellos confirmada la asercion anterior: fué constante, y su constancia no es quizá lo que ménos contribuye á su gloria. Por otra parte, hijo querido de la fortuna, esta le allanaba la senda escabrosa de la conquista; sin las rivalidades de las naciones de Anáhuac, Cortés hubiera perecido con su puñado de Españoles; si México no hubiera sido conquistadora, no hay duda en que no hubiera sido conquistada.

Hábil político Cortés, supo aprovecharse de estas disensiones; poco necesitó para persuadir á las naciones subyugadas que venia á ayudarles á sacudir su yugo, y aliado con ellas, las supo hacer instrumentos de su engrandecimiento. La fortuna lo guiaba por todas partes, ¿y qué conquistador ha habido á quien esta no haya cubierto siempre con su égide?

En cuanto á los sentimientos del corazón, no se encontrará tal vez á Cortés muy limpio de tacha: su piedad será desmentida con la horrible catástrofe de Cholula, el suplicio de Xicotencatl etc.; y su gratitud con el indigno tratamiento que usó con Moctezuma; mas fácil es convencerse de que en su posición cualquiera debía ahogar estos sentimientos para poder lle-

var á cabo una empresa que requería un corazón de hierro. La ambición, la avaricia lo dominaban.... ¿Quién es el hombre exento de vicios que pueda presentarse á los demás como modelo?

III.

Consumada la conquista, Cortés quiso apoderarse de los tesoros reales, para lo cual no perdonó medio ninguno, ni el de aplicar el tormento á Quauhtemotzin y á uno de los nobles de mas importancia, (1) á quienes no pudo arrancar el secreto, ni con semejantes violencias; y cuentan los historidases que despues de este suceso siempre andaba Cortés al lado de Quauhtemotzin, á quien trataba con aprecio y aun con respeto, quizá para captarse la benevolencia del pueblo, del que no dejaba de temer que se sublecase. (2) El botin lo distribuyó entre sus soldados y los aliados y reservó el quinto para el Emperador, con multitud de esclavos de ambos sexos que mandó que se marcasen con el sello real: en esto y en recibir las embajadas de las naciones de la comarca, se empleó Cortés el resto de 1521. En 1522 pasó á Coyoacán, en donde nombró el ayuntamiento de México, que residió en esa ciudad algunos años, é hizo allí el repartimiento de terrenos entre sus soldados y los naturales; escribió una carta al Emperador dándole cuenta de cuanto habia pasado y suplicándole que se le quedase á esta tierra el nombre de Nueva-España, y que jamás se enagenase de la corona de Castilla y declaró por un exceso de celo religioso una guerra á cuanto pertenecía á los Mexicanos que sin distincion lo destruyó todo, y con ello la gloria de la nacion Azteca. Cortés se veia falto de pólvora para continuar sus expediciones, y mandó en el acto que se sacase azufre del Popocatepetl; envió en seguida embajada con Olid y Sandoval al rey de Michoacán, quien le envió á su hermano, despues del que vino él mismo en persona á conocer á tan temible conquistador, y á prestarle obediencia. Mientras tanto Cortés proyectaba la conquista de Ibueras (3) y de Oajaca, para las que pensaba en

(1) Todos los historiadores están conformes en esto.

(2) Torquemada dice que Cortés andaba siempre con Quauhtemotzin, únicamente por participar de las demostraciones de respeto que el pueblo hacia al que habia sido su rey, de suerte que en dos palabras nos convierte á Cortés en fátuo. Confieso que yo no paso á dar crédito á semejante asercion, á pesar de ser hecha por la gravedad de Torquemada.

(3) Honduras.

Olid y en Orozco; mas ántes de esto mandó que se reedificase México, para lo cual hizo la distribución de terrenos. Fué entonces también á Pánuco y á Tabasco á quitar el mando de estas provincias á Garay que las gobernaba en nombre de Carlos V, y de vuelta de esta expedición, viendo que ya estaba asegurada su dominación, promovió que se trajesen mugeres Españolas, ganados y toda clase de semillas de las islas y de España; prometió grandes premios á los artesanos que quisiesen pasar á México; abrió el camino de México á Veracruz; y mandó en fin, una expedición al reconocimiento de las costas de la mar del Sur.

En esto arribo á Veracruz Cristóbal de Tápia, á quien Diego Velasquez, que como ya hemos visto, se habia tornado en enemigo implacable de Cortés, mandaba con el nombramiento de gobernador de México que habia solicitado del Emperador. La guarnición de aquella ciudad le detuvo y mandó luego noticia á Cortés, quien consultado el ayuntamiento de México, mandó decir á Tápia que olvidando aquel nombramiento, pasase con su gente á poblar á Medellín, ciudad que poco ántes habia fundado Cortés en memoria de su patria, en lo que Tápia, que debia de ser poco ambicioso, convino presto; mas á quien Cortés, obligado por motivos poderosos, envió luego á España. Mientras esto pasaba con Tápia, nombró Cortés á Alvarado para la conquista de Quauhtemalan; (1) y con estos acontecimientos y el hambre espantosa que afligió á México, pasó el año de 1522.

Hasta principios de 1523, la autoridad de Cortés, dimanó únicamente de la voluntad de su ejército: el Emperador no lo nombró gobernador y capitán general, sino hasta este año en que llegaron á México los despachos de España, en donde Ordaz, Montejo, y el mismo Martín Cortés, padre del conquistador, burlando las esperanzas de Velasquez, obligaron al Emperador á que le confriese aquellos nombramientos, despues de haberle presentado los presentes que el conquistador le enviaba. En las instrucciones que el Emperador mandó entonces á Cortés, le prescribía que trabajase incesantemente en acabar con la idolatría en estos países, inspirádoles á los indios ántes confianza que miedo: anuló los repartimientos que habia hecho y mandó que no se hiciese esclavo á ningún mexicano, y que los que hasta allí lo habian sido, se diesen desde entonces por libres. Mandó además que Cor-

tés nombrara por entonces los regidores de los ayuntamientos, de los que señaló doce á México, como capital de la Nueva-España, y seis á las demás ciudades: mandó también que se les impusiera un tributo moderado á los indios, y que los pleitos en que se litigase una suma que no pasase de mil pesos fuesen sentenciados por Cortés, teniendo que ocurrir á la audiencia de la Isla Española, si la suma era mayor; eximió al reino de México por ocho años de las alcabalas, y por diez del quinto del oro y plata; encargó igualmente á Cortés que cultivara la verdadera grana que se decia habia en estas regiones y que mandara expediciones á descubrir si habia algun estrecho que comunicara el mar Atlántico con el Océano índico (1), y por auto librado en Pamplona el 22 de octubre de 1522 se obligó á no enagenar, ni él, ni sus descendientes el reino de México de la corona de Castilla.

Cuando llegaron á México todas estas disposiciones del Emperador, hubo en el acto disensiones: los hombres de intenciones rectas aplaudieron la disposición que volvia la libertad á los esclavos; mas los de ánimo perverso, á quienes les habia tocado parte de ellos, no llevándola á bien, obligaron á Cortés á que representase al Emperador los inconvenientes que de ella resultarían. Mientras que Cortés recibia las felicitaciones por sus nuevos empleos, tuvo la noticia de que habia arribado á Veracruz el Lic. Zuaso, grande amigo suyo, á quien mandó que se condujese á México para que hiciese con él veces de asesor aconsejándole en el gobierno. Llegado á México Zuaso, supo luego Cortés que Garay, á quien habia quitado el gobierno de Pánuco y Tabasco el año anterior, habia arribado en las costas del Norte con una armada respetable: aquel terminó al principio; mas sabiendo despues que la mayor parte de los soldados habian abandonado á Garay, y que este imploraba su benignidad por conducto del Lic. Zuaso, lo hizo pasar á México, en donde lo hubiera casado, si ántes no hubiera muerto, porque consideró, que usar de misericordia para con los vencidos, es ganarse amigos verdaderos. Terminó este año con la conjuración de los Mexicanos porque no se les habia puesto en libertad, como lo habia mandado el Emperador, conjuración que presto ahogó Cortés, con haber mandado este á Cristóbal de Olid á la conquista de Ibueras, y á Orozco á Guayaccic (Oajaca), y con la apertu-

(1) Guatemala.
TOM. I.

(1) El Pacífico ó mar del Sur.
14

ra del camino de México á Tampico, y la construcción del Muelle de este puerto.

En el año de 1524, llegaron á México los oficiales del tribunal de cuentas que se estableció en ese año, los cuales eran Alonso de Estrada, tesorero; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralminde Chirinos veedor. Estos, que vieron que lo que se decía del oro abundante de estas tierras, no estaba de acuerdo con lo que á ellos les pasaba, y que creían que Cortés era quien recogía todos los tesoros de este Nuevo Mundo, en mengua de los intereses de ellos, informaron luego contra él al Emperador, haciéndole aparecer á sus ojos mal, bajo todos aspectos. Cortés que conoció el espíritu de los oficiales reales, se preparó á la lucha; mas anduvo tardo en aprestar sus armas para combatirlos, pues cuando él mandó nueva embajada y regalos al Emperador, aquellos lo habían informado ya contra él, pidiéndole que enviase un juez pesquisidor para que averiguara la muerte de Garay que ellos se la imputaban á Cortés. Entretanto, este que había sabido que Cristóbal de Olid, hecha la conquista de Irueras, se había sustraído de su obediencia, impelido por un espíritu de venganza, publicó una jornada á Irueras contra el traidor. Sus parciales trataron de disuadirle de semejante empeño, haciéndole presente que con ello se esponía á perder á México; mas todo fué en vano, porque despues de haber nombrado á Estrada y al Lic. Zuaso, gobernadores de México, (quizá para ganar aquel con esto) y de haberles agregado á Albornoz por consejo perverso de Salazar, á quien junto con Peralminde Chirinos y los reyes destronados de México, Tezcoco, Tlacopan y Atzacotalco, determinó llevar consigo, salió de México para Goazacoalcos, de donde habiendo sabido que al abandonar él á México, habían reñido Estrada y Albornoz, mandó á Salazar y á Chirinos para que los castigasen. Allí supo que Olid había puesto preso á Francisco de las Casas, lo que le obligó á apresurar su marcha, sin saber que este venía ya á grandes jornadas por Quauhtemolan á darle parte de que forzada la prision en que lo tenía Olid, le había muerto alevosamente.

Mientras Cortés se dirigía de Goazacoalcos para Irueras, pasaban en México sucesos inauditos: Salazar y Chirinos, de vuelta ya con la orden de Cortés para promover el proceso de Estrada y Albornoz, quisieron hacerlo ruidosamente; mas temiendo un levantamiento, dejaron la decision de aquel negocio al Lic. Zua-

so, quien declaró que era voluntad de Cortés que los cinco siguieran gobernando el reino: Salazar y Chirinos no podían conformarse con que los otros siguieran frustrándoles sus designios, así es que para acabar de perderlos, por un medio diabólico, se ganaron la amistad de Rodrigo de Paz, primo de Cortés y el hombre mas poderoso de México, á quien aquel había dejado encargada su hacienda. Con esto declararon luego que los tres gobernadores quedaban privados de su empleo, lo que ocasionó un tumulto que los obligó á restablecerlos. Mas sosegado el pueblo, los depusieron en fin, y Rodrigo de Paz prendió á Zuaso, á quien envió á Medellín para que de allí pasara á Cuba, con lo que quedaron dueños del gobierno. Nuevos temores asaltaron á Salazar y Chirinos, cuando supieron que Estrada y Albornoz habían salido de México, pues creyeron que estos se iban á unir con Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, grandes amigos de Cortés para venir sobre ellos. Salió Chirinos en su seguimiento y los condujo presos á México, en donde cometieron con ellos grandes tropelías, lo mismo que con los demas habitantes de la ciudad, todo á la sombra de Rodrigo de Paz. Viendo, en fin, aquellos, que el auxilio de este no les era ya necesario, proyectaron perderlo también, para lo cual, despues de varios medios de que se valieron, esparcieron la noticia de que Cortés había muerto á manos de los indios con casi todas las tropas que había sacado de México; y viendo que esta superchería, que ellos trataron de hacer pasar por cierta haciendo honras á Cortés y mandando que se las hiciesen en los demas puntos, no podía ser desmentida, se dirigieron luego á la casa de Paz, le intimaron la orden de que les diese una suma que Cortés debía al Emperador; y resistiéndose aquel á ello le aplicaron el tormento que sufrió sin resolverse á entregar nada, por lo que lo mandaron á la horca; y para que no llegara la noticia de tantas atrocidades, ni á España, ni á oídos de Cortés, mandaron orden á los puertos para que no se permitiese, ni la salida, ni la entrada á nadie.

Esto pasaba á fines de 1524 y principios de 1525, y los amigos de Cortés que veían que el reino caminaba rápidamente á su disolución, varias veces habían intentado ya darle aviso de lo que pasaba en México; habían mandado al capitán Medina, que fué muerto por los indios en Xicalanco, y luego á Diego de Ordaz, que fué mero del fin del primero no quiso pasar adelante. Entretanto, Salazar y Chirinos seguían cometiendo tropelías inauditas: se habían echado

do sobre los retraídos de San Francisco (1), por lo que Fr. Martín Valencia, juez eclesiástico, fulminó entredicho sobre la ciudad y salió para Tlaxcala de donde volvió presto, pues los gobernadores, intimidados, lo llamaron. Estas turbulencias hubieran continuado, si Cortés no hubiera acelerado su vuelta á México, á consecuencia de haber tenido noticia de ellas por el capitán que con pliegos de Zuaso mandó á Honduras la Audiencia de la Isla Española que había sabido la noticia falsa de su muerte. Mas ántes de pasar adelante, diremos, que Cortés en su viage á Irueras dió muerte á Quauhtemotzin, juntamente con los reyes de Tezcoco, Tlacopan y Atzacotalco (2). Salió Cortés de Irueras en el mismo buque que le llevó noticias de México, habiendo enviado antes á Sandoval por Quauhtemalan, y á Dorantes su page con pliegos en que revocaba el nombramiento de Salazar y Chirinos; y él se embarcó en el mismo buque que le había llevado noticias de México; mas el mal tiempo alargó extraordinariamente su navegacion, retardando su llegada. Entretanto la noticia de la sublevacion de Oajaca, obligó á Chirinos á abandonar á México y dejar solo á Salazar en el gobierno. El pueblo se amotinó al ver que quedaba con el mas cruel de los dos; los retraídos de San Francisco formaron luego el proyecto de quitarle el mando, proyecto que llevaron á cabo despues de varios motines. Salazar fué puesto preso, y Estrada y Albornoz volvieron á apoderarse del gobierno.

Llegó en fin Cortés á México, donde se encontró con nuevas gracias que sus procuradores en la corte habían solicitado del Emperador para él; deshizo cuanto Salazar y Chirinos habían hecho, y el 2 de julio de 1526, recibió á Ponce de Leon, á quien el Emperador le mandaba de juez de residencia con orden de examinar todas sus acciones, movido á ello por los informes que los anteriores gobernadores le habían dado de Cortés. Recibió este al nuevo juez con agrado y le hizo dimision de su cargo con buena voluntad; mas Ponce de Leon murió á poco, dejando su cargo al Lic. Márcos

de Aguilar, quien habiendo muerto también muy pronto lo depositó en manos de Estrada. Este, (1526) viéndose ya con el mando supremo, le declaró una guerra encarnizada á Cortés; lo acusó en la corte de haber envenenado á Ponce de Leon; puso en libertad á Salazar y á Chirinos, é incansable su odio contra Cortés, le hacia nuevas imputaciones. Cansado el Emperador de tantas quejas, nombró, en fin, una Audiencia, cuya jurisdiccion se estendiera á todo lo que hasta allí era llamado Nueva-España. En esto llegaron á México bajeles de España, en que salieron procuradores de los émulos de Cortés con nuevas acusaciones contra él, de tal naturaleza, que se trató en España de mandar á Pedro de la Cueva, hermano del conde de la Siruela á que le cortara la cabeza; mas dió la casualidad que en ese tiempo llegara á Sevilla Pedro de Alvarado, que junto con Fr. Diego Altamirano y Pedro de Salazar, pasó á desmentir cuantos cargos se le hacían al conquistador. En esto Nuño de Guzman, que era ya poseedor de la provincia de Pánuco, por resentimientos particulares contra Cortés y Estrada, mandó á la corte á Samaniego con nuevas acusaciones, de las que resultó que lo nombraran presidente de la nueva Audiencia.

Así pasó el año de 1527; en el siguiente, el Emperador, que no hallaba medio para sacar á Cortés de México y hacerlo pasar á España, para cerciorarse de si en lo que decían los otros tenían justicia, le mandó que pasase á la corte para acabar de arreglar el gobierno de Nueva-España. Así lo hizo Cortés, y despues de prevenida una embarcacion soberbia, salió de Veracruz, y ántes de que los nuevos oidores se hicieran á la vela entró él en el puerto de Palos, donde murió Sandoval. Allí concurrió con Pizarro, y allí le atacó una fiebre violentísima que lo puso en las puertas del sepulcro y retardó su llegada á la corte. El Emperador lo visitó en su enfermedad, de la que restablecido, le presentó sus memoriales; se le confirmó en la capitania general, mas no en la gobernacion, pues se negó á ello el Emperador alegando que ni á Gonzalo de Córdoba se la habían concedido sus abuelos en Nápoles: se le concedió el 6 de julio de ese año el marquesado del valle de Oajaca y la duodécima parte de lo que en adelante conquistase; se le ofreció además el reino de Michoacán; mas él rehusándolo se contentó con el señorío de los lugares siguientes: *Quauhnahuac, Huayaxic, Tecoahteppec, Coyoacán, Matalzinco, Atlacupaya Itzocan, Huauteppec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Texquilapa, Coyoacán, Calimaya, Antepec, Te-*

[1] Estos se habían ido á guarecer á San Francisco en los días que se subió México por la deposicion de Estrada, Albornoz y Zuaso.

[2] Accion bárbara que aun el mismo Gomara le vituperó á Cortés. Este refiere el hecho á su favor; mas casi todos los historiadores opinan que no tuvo razones suficientes para hacerlo, y que obró en esto con una ligereza que siempre será reprobada por todo hombre sensato.

poztlán, Cuicatlán, Acapiztlán é Ixcálpán. Hizo otras muchas peticiones á Carlos V, todas las cuales le fueron otorgadas.

La nueva Audiencia habia llegado á México y se habia declarado luego contra las disposiciones que en favor de Cortés diera el Emperador, embargaron sus bienes so pretexto de que debia grandes sumas al erario, y habiendo sabido entónces la buena acogida que le habia hecho el Emperador, convocaron en 1529 una junta, á la que vinieron los procuradores de todo el reino, y que tenia por objeto impedir la vuelta del marqués. Reunida esta junta comenzó sus sesiones; mas viendo Nuño de Guzman que los partidarios del marqués todo lo retardaban, entró un día á la sala en que se reunian, y habiendo echado á aquellos, nombró á Bernardino Vazquez de Tápia y Antonio Carbajal procuradores de México, con lo que hicieron luego una representacion al Emperador, en que entre otras varias peticiones, le hacian la principal que era que impidiese la vuelta del marqués, cuyos bienes habian vendido ya apresuradamente. Mas por otro lado los obispos de México y de Tlaxcala informaron al Emperador de que todo aquello no era mas que enemistad que le tenian al marqués, y de las tropelias sin número que estos cometian diariamente. Con todo esto, el Emperador se desengañó de que la mayor parte de las acusaciones que se le habian hecho contra Cortés no habian provenido sino de envidia: le dió nuevas muestras de su agrado; mandó disolver la nueva audiencia; le concedió la duodécima parte de las islas que se descubrieran, y le hizo nuevas donaciones. El marqués por su parte solicitó nuevas mercedes, las que habiéndole sido concedidas, se encaminó para Sevilla con su esposa Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, pues se habia vuelto á casar esta vez, muerta ya su primera muger Doña Catalina Xarez.

Era ya tal el número de las acusaciones que contra Nuño de Guzman, presidente de la Audiencia, y contra los otros oidores llegaban al Emperador de casi todos los puntos de la Nueva-España, que le determinaron á disolverla; mas como en este tiempo estaba para partir á Flándes, dejó aquel encargo á la Emperatriz. Esta señora, nombrada la nueva Audiencia, cuyo presidente lo era D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la isla española, mandó que se estableciese un vireinato en Nueva-España, para el que nombró á D. Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, y dió orden al marqués del Valle para que no aban-

donara á España hasta la salida de la nueva Audiencia. El marqués no obstante esto, volvió antes á México, en donde Guzman y los oidores seguian gobernando tiránicamente, y su vuelta causó gran júbilo.

Por esta vez el marqués tuvo nuevas disensiones con la Audiencia que habia entrado en México ya sin su presidente; mas á la llegada de este y del virey D. Antonio de Mendoza, calmaron aquellas. Desde entónces Cortés se ocupó esclusivamente en mandar expediciones á nuevos descubrimientos; mandó una al descubrimiento de las islas de la mar del Sur, la cual se perdió, y habiendo mandado luego otra en su busca, cuyo éxito fué casi tan infeliz como el de la primera, se determinó á salir él mismo. Se embarcó en Tehuantepec, y despues de una navegacion penosísima, descubrió las Californias y entró en su golfo, por lo que este tomó el nombre de *mar de Cortés*. De aqui volvió á México instado por D. Antonio de Mendoza, y por los ruegos de su esposa la marquesa Doña Juana de Zúñiga; y viendo que con el establecimiento del nuevo gobierno su autoridad era ya casi nula volvió á España en 1540 con su hijo el mayorazgo, y con D. Martin Cortés su hijo natural habido en Doña Marina, fastidiado y casi obligado á hacer aquel viaje, con el objeto de interesar al comendador Cobo y á Loaiza para que solicitasen del Emperador nuevos ensanches á su autoridad en la Nueva-España. Estando allí concurrió á la expedicion de Argel, de vuelta de la cual, y ya por los años de 1547, abandonó la corte, cansado ya de no conseguir nada en ella. Con el designio de volver á México se dirigió á Sevilla; mas á una legua de distancia de esta, en un lugar llamado Castilleja de la Cuesta, murió el 2 de diciembre de 1547: así acabó el mayor conquistador del Nuevo-Mundo, devorado por el fastidio y el despecho, y dejando una sucesion que se ha perpetuado hasta nuestros dias. De su testamento hablaremos en otro lugar.

Mandó que sus cenizas se trajesen á su *muy amada villa de Coyoacán*: así se efectuó, y de aqui pasaron al Hospital de Jesus de esta ciudad, en donde permanecieron, hasta que un *Mexicano* fué á turbar su reposo para mandarlas á Europa: ignoro si la accion de este mi compatriota dimanaria de odio al conquistador ó de amor á su descendencia.

Bernal Diaz del Castillo, nos ha dejado el siguiente retrato de Cortés, á quien no solamente conoció, sino que trató desde su salida de Cuba hasta su segunda vuelta á España: "Fue (Cortés), dice, de buena estatura y cuerpo, y